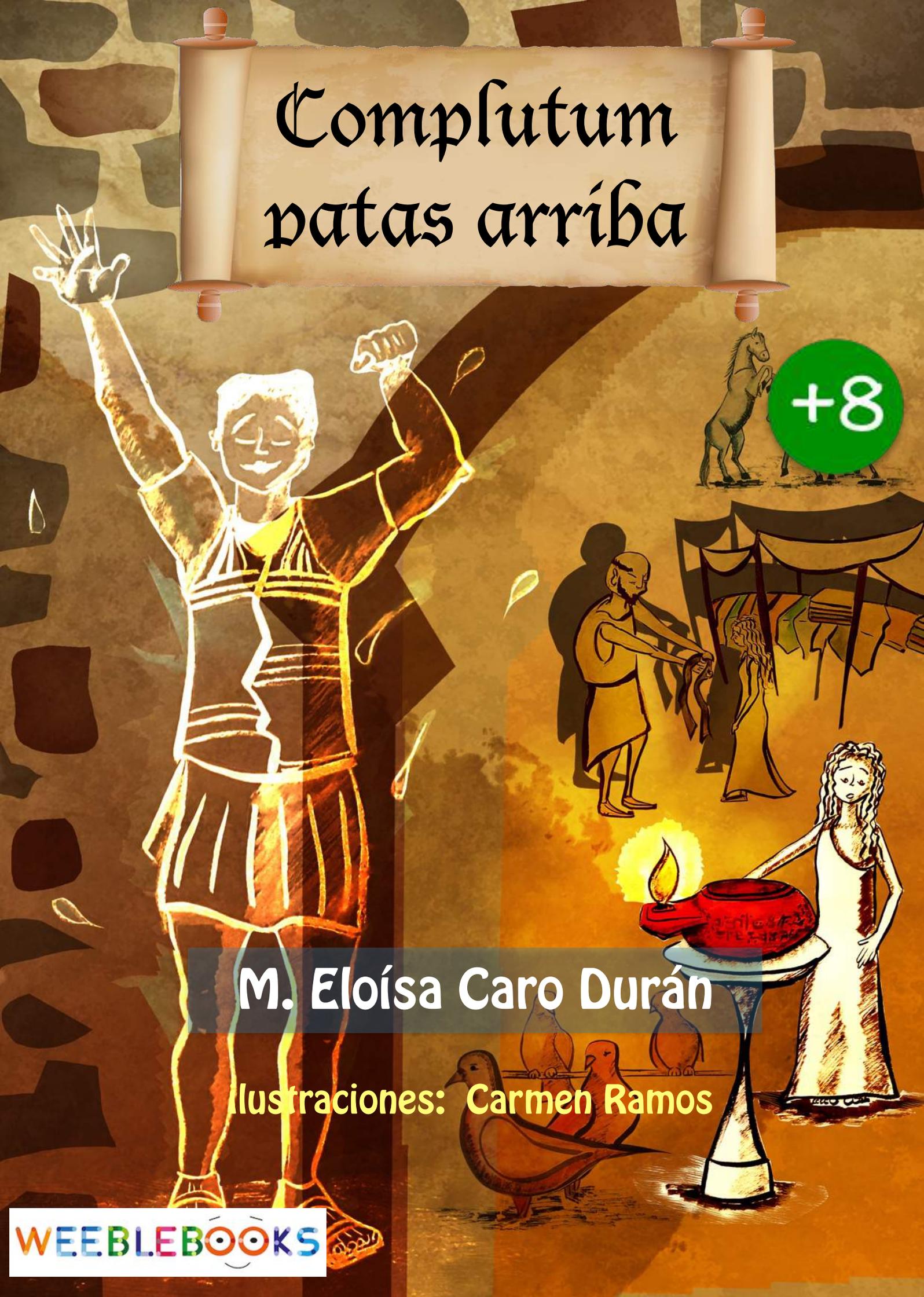


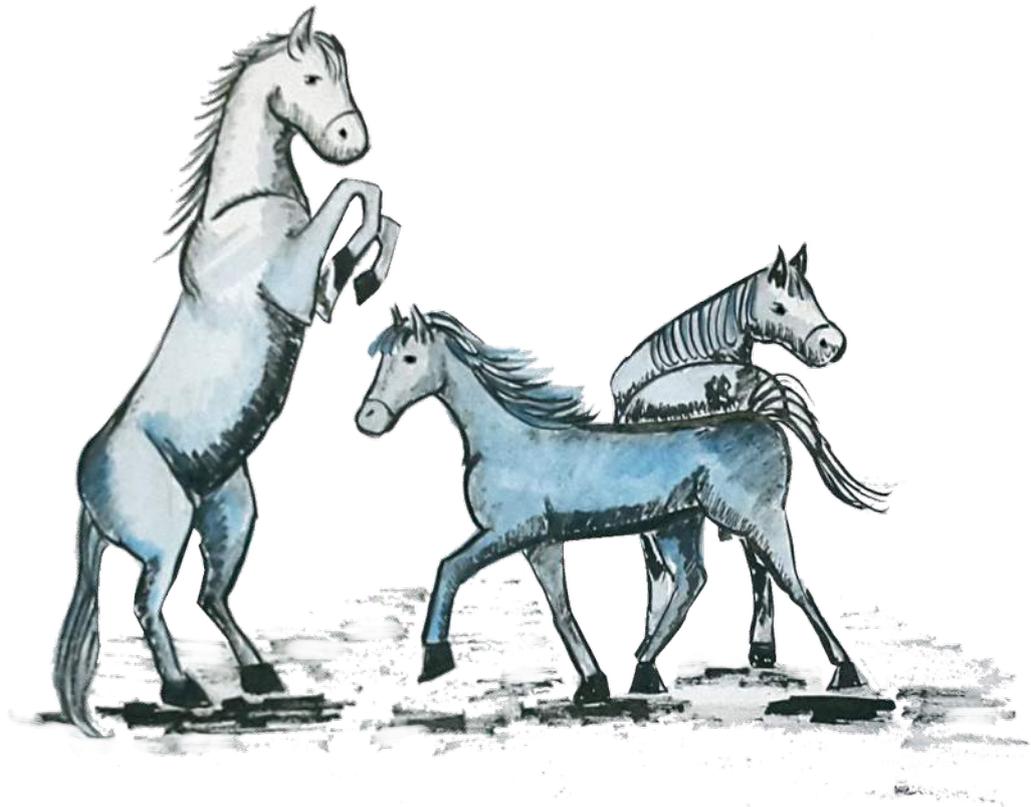
# Complutum patas arriba

+8

M. Eloísa Caro Durán

Ilustraciones: Carmen Ramos





WEEBLEBOOKS

© 2017

Autora: M. Eloísa Caro Durán  
Ilustraciones: Carmen Ramos  
Corrección de texto: Dolores Sanmartín

<http://www.weeblebooks.com>  
[info@weeblebooks.com](mailto:info@weeblebooks.com)

Madrid, España, marzo 2017



**Licencia:** Creative Commons Reconocimiento-  
NoComercial-CompartirIgual 3.0  
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/es/>

Alcalá de Henares es una ciudad conocida principalmente porque en ella nació Miguel de Cervantes y por su magnífico conjunto histórico presidido por la Universidad. Pero no podemos olvidar sus yacimientos arqueológicos, entre los que hallamos el de la ciudad romana, Complutum. Además de los restos del foro, varias casas y otras estructuras, destacamos por su excepcionalidad un edificio que se ha denominado "La casa de Hypolitus" (nombre del artista, probablemente de origen norteafricano, que realizó el mosaico ubicado en el gran recibidor). Esta extraordinaria casa fue la sede de una asociación de jóvenes. Contaba con termas, capilla, pozo de aguas minerales, setrinas, aviario y un jardín diseñado al estilo de oriente donde se incluían palmeras, cedros y pelicanos.

# COMPLUTUM PATAS ARXIBA

Algo muy extraño estaba ocurriendo en la *Villa del Val*, a unas millas de Complutum, un hecho insólito que nadie quería perderse.

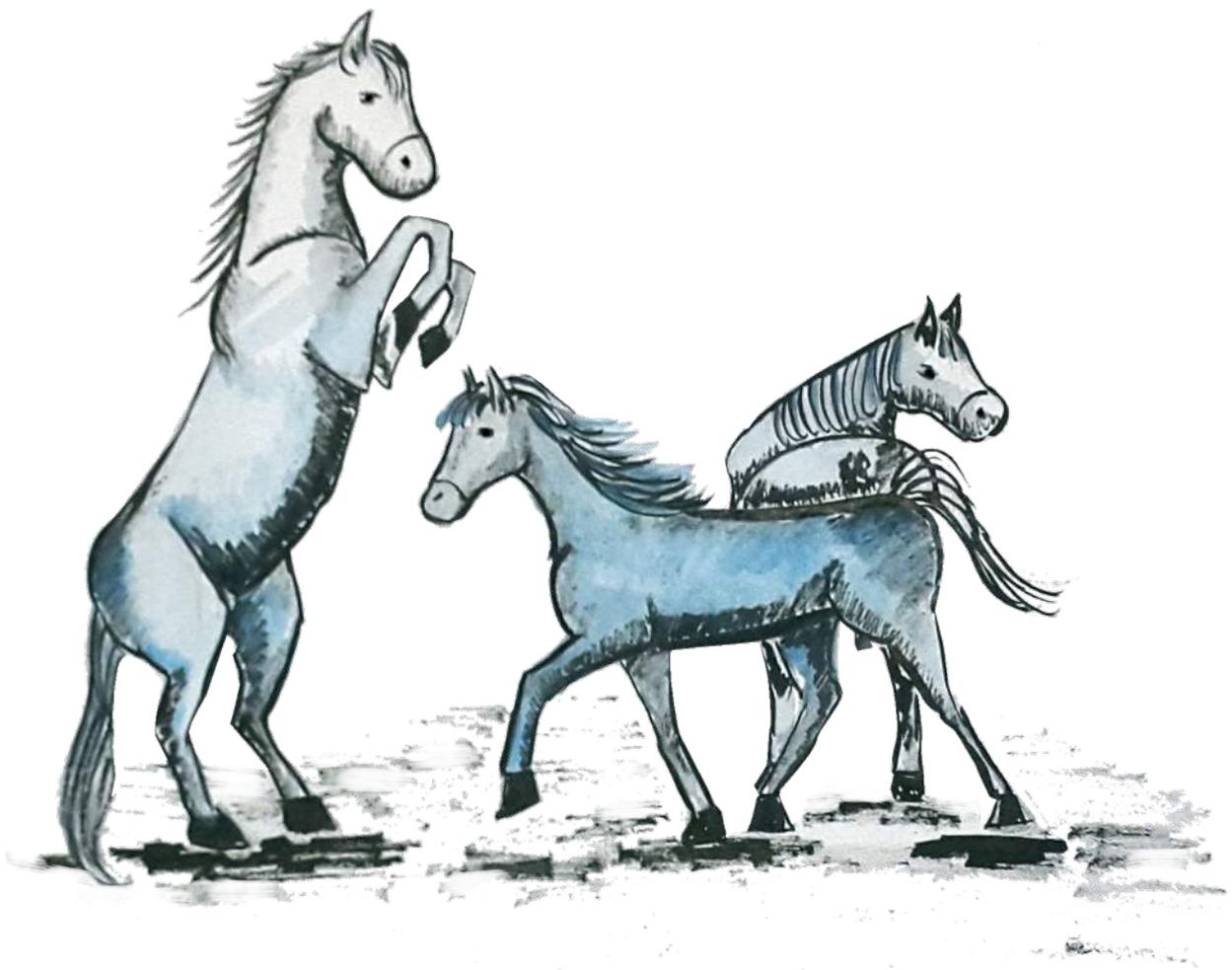
El lugar estaba abarrotado de curiosos; los más afortunados rodeaban el corral de los caballos, se aferraban a la madera como si estuvieran presenciando la representación más espectacular de todo el imperio. Los Anios también observaban perplejos desde primera fila a sus magníficos ejemplares, reconocidos incluso fuera de Hispania por su resistencia y velocidad. De repente, sin ninguna explicación aparente y de forma misteriosa, su aspecto se había transformado por completo.

Yo había conseguido un mirador preferente entre las piernas de los curiosos.

Senadores y esclavos, ceramistas y orfebres, todos los que allí se habían congregado hubieran soltado sonoras carcajadas al ver el nuevo porte de los caballos; sin embargo, la trascendencia de aquel suceso para la ciudad se lo impedía.

A mí me fascinaba e incluso me enternecía la transformación que habían sufrido aquellos nobles seres; eran irresistibles, apetecía tocarlos, mimarlos, sacarlos de paseo. En fin, no vais a creerlo pero así sucedió: todos los caballos se habían teñido de un delicado y tenue color azul celeste, hermoso, pero tal vez poco apropiado para unos animales corpulentos y briosos como son los caballos. El hocico era azul, las crines, las patas y sus ojos - como los míos- también eran azul celeste; además, y lo que era mucho peor, no sabían correr, sólo trotaban ligeramente como suaves y delicadas mariposas.

A los niños les entusiasmaba el cambio.



- Papá, yo quiero uno como ése -decían alborotados.

Los mayores en cambio lo veían como un maleficio.

- Nadie debe acercarse a ellos hasta que averigüemos qué ha ocurrido -dijo uno de los ediles de la ciudad.

Yo no podía esperar, estábamos ante una situación muy extraña y complicada; había que hacer algo y pronto. Así pues, desoyendo la advertencia de la autoridad, y pasito a pasito, me colé al otro lado de la valla; agachada, permanecí escondida entre los caballos, que de cerca resultaban aún más tiernos. Nadie se percató de mi intrusión, ya que todos escuchaban atentos a Fallidus, que había tomado la palabra subido sobre unos sacos de arena. Aquella improvisada tribuna no parecía muy estable y se balanceaba de un lado a otro como una espiga de trigo mecida por el viento.

- Cuando me postulaba para ser uno de vuestros dirigentes, tuve noticias de los Juegos en honor a Apolo que el Emperador había organizado en Roma. Ya sabéis cuánto batallé para que fueran los magníficos aurigas y caballos de Complutum quienes representaran a la provincia de Hispania. Luchamos contra

cientos de asociaciones a las que fuimos eliminando hasta proclamarnos vencedores. Ahora, este contratiempo pone en peligro nuestra merecida participación. Sin esos magníficos caballos sería imposible competir. No tenemos tiempo para buscar alternativas; por ello voy a poner todo mi empeño con el fin de atrapar, antes de que sea tarde, a los culpables, y descubrir lo que ha ocurrido. También vosotros debéis estar atentos a lo que sucede a vuestro alrededor.

Justo al pronunciar esta última recomendación, uno de aquellos peculiares caballos azulados resopló en mi oído con todas sus fuerzas; del tremendo susto caí al suelo, y además de acariciar con la palma de la mano una inocente pero repugnante lombriz roja que casi me lleva a vomitar, encontré una cinta de tela. La examiné con detenimiento y en uno de sus extremos detecté, a pesar de su deterioro, una enigmática y sospechosa mancha azul celeste del mismo tono que los caballos.

Era evidente que alguna relación tenía con lo que estaba ocurriendo. Aunque desconocía el tipo de tela, a simple vista me pareció que podría tratarse de una cinta como las que usan los aurigas para sujetar el cabello.

## II

Comenzó a lloviznar, pero las afiladas y cristalinas gotas de agua, al chocar contra los caballos, no se teñían de azul; el color formaba parte de ellos.

Con mi larga y ondulada melena rojiza salpicada de lluvia regresé a casa, a la conocida *Casa de Hippolytus*, la sede de la “Asociación de Jóvenes de Complutum”. Aún me permitían corretear entre aquellos muchachos de las nobles familias locales. Yo deseaba convertirme en un socio más, pero cada vez que lo intentaba sus dirigentes me negaban el acceso.

- Eso es imposible, eres una chica. No podemos saltarnos las normas. Tenemos el deber de respetarlas siempre, no puede haber excepciones -me repetían.

Debía conformarme, pues, con cuidar del *aviario*; ellos lo admiraban. Yo enseñaba a los jóvenes el lenguaje de las palomas y los mensajes escondidos en las plumas de los pavos reales y en el torpe caminar de las que, sin duda, eran las estrellas del jardín: los simpáticos pelícanos.

Como siempre, avivé la zancada al pasar ante la “habitación del pozo sagrado”. Lo custodiaba una anciana de la que nadie sabe su edad. Yo sólo la vi una vez cuando proporcionó a mamá unas hierbas que le devolvieron la voz. El poder de aquella mirada cristalina, sin miedo a nada, me obligó a esconder la mía. Se contaban historias de hechizos y encantamientos que tal vez sólo pretendían proteger las ricas aguas del lugar -como decía mi padre para tranquilizarme-, pero lo cierto es que no podía evitar pasar de puntillas.

Al aproximarme a las termas llamó mi atención un grupo de jóvenes que se arremolinaba en el *caldarium*; me acerqué y, de nuevo, había sucedido algo asombroso e inexplicable.

Victorius, el mejor *auriga* de Complutum, el que había sido seleccionado para correr con la cuadriga en los Juegos de Roma, se había convertido en una estatua de color rosa, y allí estaba el pobre desdichado con su escueto faldellín de deporte como un flamenco con su plumaje rosado.

- Esto es inaudito -decía uno de los muchachos.

- Ya sí que de ninguna manera podremos participar en los Juegos.
- Es evidente que ésa debe ser la intención de los dos ataques.
- No cabe la menor duda, se trata de un boicot contra la participación de Complutum en los Juegos de Roma. Pero, ¿quién está detrás de esto?



Yo observaba sus movimientos como un buen detective, y enseguida me percaté de la maliciosa sonrisa que Secundus esbozó al ver a su máximo rival inmóvil, el hombre que le había arrebatado el primer puesto para representar a Complutum. Ambos habían competido en una carrera de cuadrigas, mano a mano, los dos solos, los únicos que estaban preparados para ir a Roma. Cuando parecía que Secundus iba a ganar, su carro volcó a un paso de la meta; él quedó malherido, tumbado en el suelo sin que Victorious lo mirase siquiera. Secundus siempre creyó que aquel accidente, en el que quedó lisiado para siempre, no fue fortuito.

Rápidamente asocié aquella humillación con lo que estaba sucediendo. Ya tenía el móvil perfecto, “la venganza del auriga destronado”.

Pero aún había más. Yo los conocía muy bien a todos y enseguida aprecié un pequeño pero significativo detalle: era la primera vez que veía a Secundus entrenar sin su cinta del pelo.

- ¿Y si fue él quien la perdió al perpetrar su fechoría?

Secundus se había convertido en mi principal sospechoso.

Entendí que debía hacer algo para confirmarlo. Cogí el trozo de tela que encontré junto a los caballos y me dirigí hacia el foro.

### III

Todos en la localidad conocían ya la nueva tragedia. Habíamos perdido a nuestro mejor auriga, a nuestro insuperable y único representante en los próximos Juegos de Roma.

Los senadores, ataviados con sus *togas* blancas, al salir de la curia casi me arrollan con sus nobles zancadas. Se dirigían al *auguraculum*; allí les aguardaba el augur con su túnica verde, la cabeza cubierta con un velo blanco y su báculo en la mano derecha.

- Necesitamos saber qué está ocurriendo en Complutum - preguntó uno de los senadores.

- Pues... -respondió balbuceando y con grandes pausas el augur.

- Nos garantizaste que los augurios eran favorables y que podíamos partir, incluso nos aseguraste que venceríamos.
- Bueno..., tal vez nos precipitamos -la respuesta era un poco confusa-. Pero no os preocupéis, esto lo arreglo yo con una generosa ofrenda a los dioses.

Un tanto escéptica al escuchar aquellas palabras inseguras y ante tal promesa sin demasiado fundamento, continué rumbo al mercado. Dejé atrás la Casa de Baco, la Casa de los Cupidos, la Casa de Marte. Así es como yo las llamaba. Cuando era pequeña y acudía de visita junto a mis padres, me entretenía intentando reconocer a los personajes que aparecían representados en pinturas y mosaicos; sus protagonistas me proporcionaban el nombre que yo le otorgaba a la casa.

Crucé el foro, en la basílica los juicios se habían aplazado y en las puertas de las *termas* sólo tomaba el sol un cachorro de podenco jugueteando panza arriba.

En el mercado caminé ante los puestos del pan y las verduras, las legumbres y la miel, ubicados alrededor de un mosaico central, hasta que llegué al del vendedor de telas, un venerable

anciano con escasa barba blanca cuya mercancía fascinaba a mi madre. El comerciante se alegró al verme, aunque no le di opción a que me soltara sus habituales chascarrillos inacabables. Sin demora e impaciente, le mostré la cinta que hallé junto a los caballos celestes y le pregunté:

- ¿Qué podría decirme sobre esta tela?



Extrañado, el anciano cogió la pequeña pieza de tela para escudriñarla bien. La miró de cerca y la palpó con las dos manos; luego se detuvo, levantó la cabeza, la giró hacia un lado, hacia otro y continuó con su exhaustivo examen. Comenzaba a impacientarme, cuando al cabo de unos instantes interminables dijo con la seguridad que otorgan muchos años de experiencia:

- Este tipo de tela no se teje en Complutum y me atrevería a asegurar que tampoco en Hispania.
  
- Pero...
  
- No puedo especificarte nada más.
  
- Está bien.

Le mostré mi agradecimiento y me marché; antes de que volviese a respirar, yo ya había salido del mercado.

En principio aquella pista consiguió confundirme aún más, pero pronto me llevó hacia otro posible sospechoso.

## IV

Consideré entonces que había llegado el momento de compartir mis descubrimientos con Fallidus.

Siempre era un placer entrar en la Casa de los Grifos, como yo misma la había designado cuando descubrí las hermosas figuras que adornaban sus paredes. También resultaban admirables los candelabros, las escenas de caza e incluso el rojo intenso de sus pinturas.

Crucé el pórtico sobre el *kardo*, y un esclavo, bien parecido, me indicó que pasara a la sala de recepciones.

Mientras aguardaba a Fallidus observé una lámpara de arcilla pintada de rojo sobre un pie de bronce, que alumbraba junto a la amplia mesa de madera. Tenía una forma redondeada poco convencional y su única decoración la conformaban unos grafitis ilegibles.

Cuando la curiosidad empujaba tanto a mis manos como para intentar cogerla, los pasos de Fallidus me alertaron de su llegada y di tal brinco que casi provoca mi caída.



- Bonita lámpara -dije, intentando disimular.
- Sí, la adquirí en mi último viaje a la Galia.
- ¿Qué te trae por aquí, pequeña Claudia? -continuó diciendo Fallidus-, te conozco desde niña y la expresión de tu cara me dice que debe tratarse de algo importante.

- Mira esta cinta –dije-, estaba cerca de los caballos celestes. He investigado y probablemente ha sido fabricada fuera de Hispania. Primero sospeché de Secundus, pero ahora todos los indicios empiezan a encajar y me llevan hasta Exoticus, ya sabes cómo le gusta todo lo que proviene de tierras lejanas.

- Sí, especialmente le encanta el jardín de la Asociación inspirado en Oriente, donde pasa la mayor parte de su tiempo disfrutando entre los cedros, los jazmines y las cañas.

- Eso es. Además, uno de sus antepasados fue Alucinus, un personaje que nadie es capaz de definir y al que achacaban sucesos inexplicables. Tal vez él haya heredado esos poderes ocultos.

- Efectivamente, todos conocemos la historia. Debemos ser prudentes pero tendremos que comprobar si tienes razón. Deja que sea yo quien custodie la tela. Pasaré más tiempo en la Asociación y pronto conseguiremos averiguar lo que está ocurriendo.

Sin dudarlo, acepté su propuesta. Fallidus estuvo siempre muy presente en la Asociación, había sido miembro desde que era un niño y también presidente durante algunos años.

Estaba segura de que nos hallábamos muy cerca de pillar al culpable.

## V

De regreso a la sede y tras cruzar la sala principal de acceso, me encontré con una reunión improvisada en el gran distribuidor del edificio. Los socios rodeaban al presidente, que les hablaba desde el mosaico de Hippolytus, mi favorito. Cuando era pequeña mi madre me contaba la historia de aquel artesano de tez dorada que llegó del sur para elaborar pacientemente el mosaico, y de su inmenso mar donde habitaban aquellos extraños seres que dejó plasmados en su obra, cuyos nombres insólitos me repetía una y otra vez: pulpo, calamar, delfín...

La voz firme del presidente llenaba la estancia.

- Quiero comunicaros que la junta directiva de la asociación ha decidido que aunque no contemos con nuestras máximas

estrellas -el auriga y los caballos-, Complutum participará en los Juegos; luchadores, atletas y gimnastas representarán a Hispania y a nuestra ciudad ante todo el imperio. Estamos convencidos de que ellos también pondrán todo su empeño y orgullo para dejar muy alto el nombre de Hispania y por supuesto el de Complutum.

En medio de aquella algarabía que formaron los jóvenes al recibir la noticia, y entre gritos y saltos, quedé recluida en una esquinita próxima a la piscina de tres *ábsides*. Primero me apoyaba sobre un pie, luego sobre el otro, hasta que finalmente perdí el equilibrio, resbalé y caí al agua estrepitosamente. Sentí el peso de infinitas miradas que se habían vuelto hacia mí y de sonoras carcajadas imposibles de controlar.

Secundus me ayudó a salir.

- Vaya tropiezo, te ha podido costar caro –dijo.

Lo miré asustada, poco faltó para que mi cabeza golpease en el bordillo. Yo sabía bien que no había sido sólo un tropiezo: antes de caer sentí como una mano empujaba mi espalda.

- ¿Estás bien? -me preguntó Fallidus.



- Sí, sí -dije, completamente empapada.

El presidente dio por concluida la charla y junto al sacerdote de la asociación fueron a la capilla para realizar una ofrenda a la diosa Diana, con el fin de obtener su apoyo.

Yo necesitaba reflexionar sobre aquel complicado rompecabezas.

Y para ello nada mejor que mi rincón favorito, el aviario.

## VI

Tras cambiarme de ropa, y antes de llegar, me detuve en la terraza. Sobre sus baldosas de cerámica descansaban frondosas macetas con geranios, jazmines y rosales; también las había colgadas en el porche.

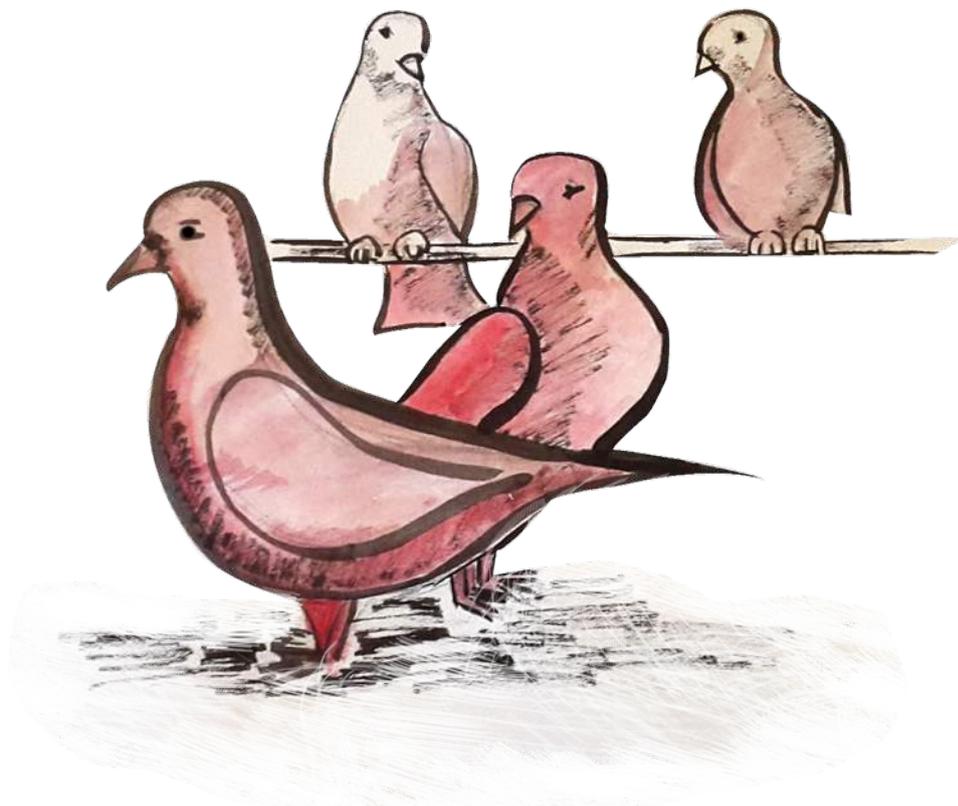
Desde allí se podía ver a los deportistas entrenando en la explanada superior, su esfuerzo era máximo. Querían estar totalmente preparados; una vez que los aurigas habían sido descartados, el peso de la competición recaía sobre ellos.

Me gustaba ver cómo lanzaban la jabalina y cómo tensaban el arco, pero en aquella ocasión no me entretuve. Continué hacia el aviario al escuchar que las palomas me reclamaban, estaban hambrientas. En una enorme jaula de madera esperaban impacientes: las que lucían su plumaje completamente blanco, las grises y las salpicadas con motas oscuras y claras; todas clamaban al unísono.

Cuando preparaba el trigo para alimentarlas, vi algo moverse entre unos tilos. ¿Y si era el sospechoso?, pensé.

Me acerqué lentamente, los animales estaban inquietos. Adelanté con osadía las manos para separar las ramas del arbusto, y en ese mismo instante alguien me arrolló pasándome por encima como un caballo desbocado.

No sé cuánto tiempo permanecí tirada en el suelo. Lo cierto es que cuando recuperé la consciencia no había rastro de mi agresor, aunque de nuevo había dejado las muestras de su perversión.



Había vuelto a actuar. Las palomas estaban teñidas de un rojo intenso como el de las amapolas, y lo peor es que no podía entender su lenguaje peculiar, su sonido era similar al croar de las ranas.

Aquello daba un giro inesperado a la investigación.

¿Qué tenían que ver las palomas con los atletas y con la competición?, me preguntaba. Nada tenía sentido; todo se complicaba aún más.

## VII

Con el fin de retomar el camino perdido en la investigación y con la esperanza de encontrar alguna otra pista que me ayudase a resolver el misterio, busqué con insistencia a mi alrededor; tal vez el malhechor había vuelto a cometer un error, como ya hizo en la Villa del Vall.

Al fin, cuando la luz del sol bajaba su intensidad y el color anaranjado se colaba en todos los rincones, la perseverancia dio

su fruto. Junto a la pila del agua para las palomas hallé una diminuta y pulida jarrita de barro; estaba vacía, pero varias piedras rojas a su alrededor la delataban.

A simple vista no decía mucho de su procedencia, pero al inspeccionarla detenidamente hallé la respuesta a lo que estaba sucediendo.

Todo encajaba a la perfección, no había tiempo que perder. Antes de que los jóvenes se marchasen, los convoqué en el jardín de oriente.

Cuantos se hallaban en la Asociación en aquel momento, en torno a una centena, entre socios y trabajadores, se sentaron a ambos lados de los bancos de piedra, donde en otras ocasiones los aspirantes a dirigentes locales recibían clases de retórica o filosofía, bajo el frescor de las palmeras y entre el olor de los jazmines.

Todos clavaron sus ojos interrogantes en mí. Yo caminaba por el pasillo de un lado a otro, intentando argumentar mis conclusiones; ellos escuchaban atentos.

- Al fin he descubierto quién es el responsable de cuanto está ocurriendo.

En medio del gran murmullo que se formó, algunos preguntaban con insistencia:

- ¿Quién es?, pero ¿quién es el culpable?, ¿lo conocemos?, ¿por qué lo hace?

Intenté poner calma, me subí a uno de los asientos para que todos pudieran verme y comencé la exposición.

- Junto a los caballos, en la Villa, encontré una cinta de tela con manchas celestes. Pensé que era una cinta para sujetar el pelo como las que usan los aurigas: ello me llevó a sospechar de Secundus, a quien curiosamente lo vi entrenar sin cinta por primera vez, y más aún cuando Victorious se petrificó. Secundus tenía un motivo, ya que él nunca aceptó que su compañero le arrebatase el primer puesto.

Pero el comerciante de telas me aseguró que la cinta se había tejido fuera de Hispania, y eso me hizo sospechar de Exoticus, de quien todos conocemos su pasión por lo que viene de Oriente.

Sin embargo, hoy la investigación ha dado un vuelco, las palomas también se han teñido de rojo. Eso me alejaba de los deportistas y de la competición: ¿qué motivos tenía, pues, el malhechor para actuar sobre ellas?

Finalmente, este pequeño frasco contiene la solución, no en su interior sino en el exterior.

## VIII

Entre los presentes hubo quien comenzó a estremecerse al ver la prueba definitiva, que mostré bien visible en mi mano alzada: en concreto, el verdadero culpable, a quien no perdía de vista.

Los rayos de una ruidosa y oscura tormenta se aproximaban, pero aún así continué.

- Estas irreconocibles líneas que veis sobre la base del recipiente -dije señalando el frasco que hallé junto a las palomas-, no son dibujos sino graffías, letras de una lengua

extranjera, la misma que hallaréis en una lámpara junto a la chimenea, en el tablinium de la Casa de los Grifos.

Esa lengua es originaria de la Galia, el lugar donde viajó recientemente Fallidus.

Un silencio expectante me obligaba a seguir.

- Sí, sólo tú eres el culpable -dije señalando a Fallidus.

- ¡Ohhhh!

Un murmullo de sorpresa que no cesaba me llevó a levantar la voz.

- Tú teñiste de azul a los caballos y les arrebataste su fuerza, tú convertiste a Victorious en estatua, y también fuiste tú quien me empujó a la piscina. Una vez que tenías la tela, el único error que podría inculparte, ya sólo te quedaba deshacerte de mí, que me había puesto un poco pesada con la investigación.

Las palomas no eran tu objetivo, fue un daño colateral. Cuando el presidente anunció que a pesar de todo Complutum iría a Roma, decidiste continuar con tu boicot particular dejando fuera de juego al resto de deportistas. Sin embargo, al intentar acercarte a ellos

mientras entrenaban cerca del aviario casi te descubro, y al huir precipitadamente perdiste este pequeño frasco que se vertió en el agua de las palomas.

Pero lo que no alcanzo a entender es el motivo que te ha llevado a tal locura. ¿Por qué lo has hecho?, siempre te has volcado con la Asociación, has organizado competiciones, lo has dado todo por estos jóvenes.

Fallidus se levantó muy alterado y, como el que está totalmente convencido de que posee la verdad absoluta, replicó:

- Efectivamente, tú misma lo has dicho. Fui yo el que inscribió a Complutum para participar en los Juegos de Roma. Sólo yo organicé cada detalle en cada eliminatoria por la que fuimos pasando hasta llegar a ser los representantes de Hispania. No obstante, a pesar de todo mi esfuerzo, al llegar las elecciones locales los ciudadanos eligieron a otros candidatos y no a mí para gobernar Complutum. Esos otros politicuchos son los que ahora pretenden llevarse los honores, ellos son los que aspiran a sentarse junto al Emperador en vez de ser yo. Y por supuesto, eso de ninguna forma voy a permitirlo.

Aprovechando mi paso por las Galias, donde son conocedores de la superioridad Hispana en las carreras de cuadrigas, encontré la solución.

Me propusieron ayudarles a deshacerse de sus mayores competidores, los aurigas hispanos y sus veloces caballos. Ellos, a cambio, me convertirían en el hombre más rico de Complutum, la mejor fórmula para alcanzar el gobierno. Fue fácil, uno de sus Druidas me proporcionó tres vasijas con las pócimas que me abrirían las puertas hacia el poder.

- Pero qué has hecho, insensato –dije-. Supongo que también te daría el antídoto. Vamos, entrégalo cuanto antes.

- ¿Anti..., qué? ¿Qué antídoto? No hay nada más.

- Pero, ¿qué hacemos con los caballos, con las palomas y con el pobre Victorias?-, se lamentaba el Presidente de la Asociación.

## IX

Yo era consciente de que sólo nos quedaba una oportunidad. No estaba segura de poder hacerlo pero no había tiempo que perder, sólo yo conocía bien todos los detalles y debía intentarlo.

Había llegado el momento de abandonar temores de niñez y enfrentarme a nuevos retos.

Me acerqué despacio, con pisadas titubeantes y pausadas, antes de tocar con los nudillos de mi mano derecha; la puerta de la sala que albergaba el pozo sagrado se abrió.

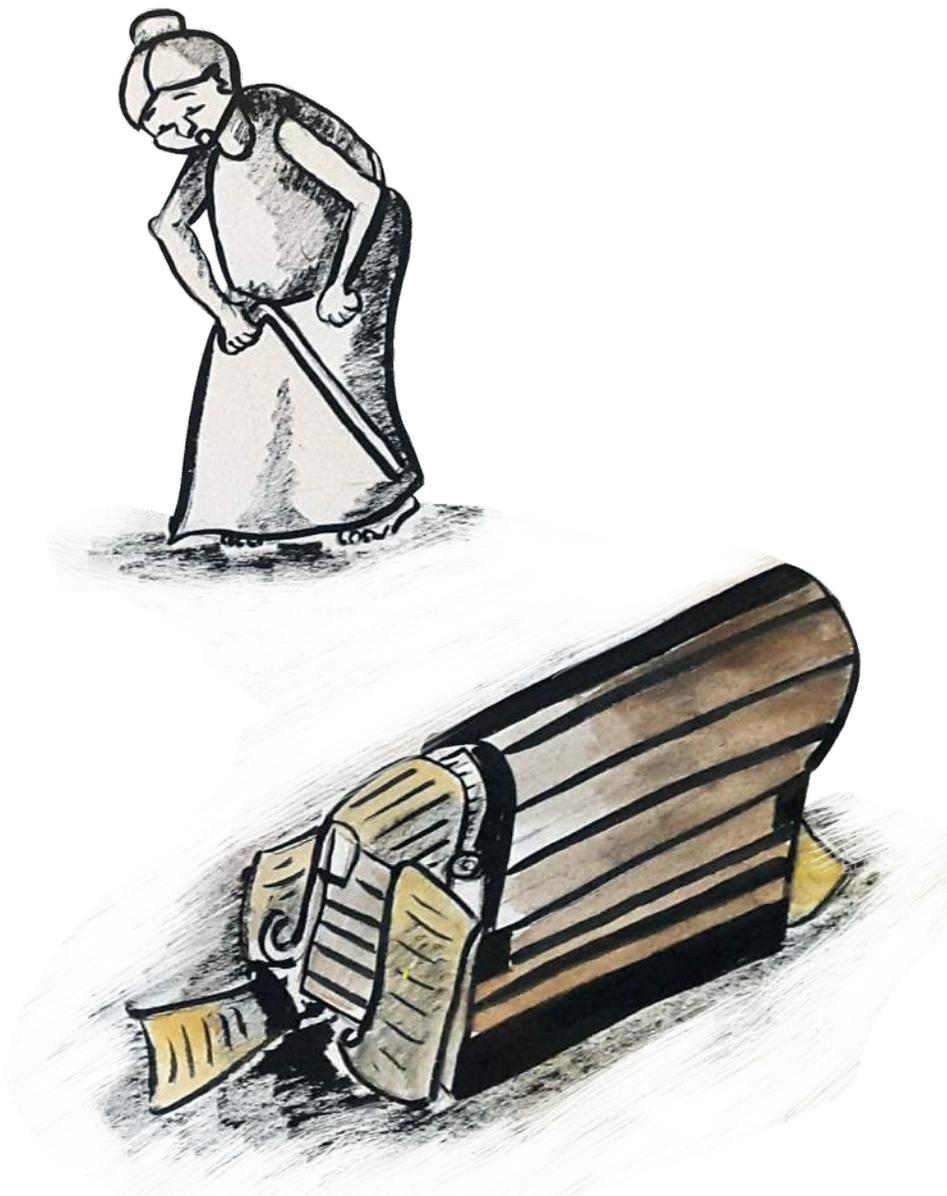
Una anciana vestida completamente de blanco, con el pelo recogido y ni una sola arruga en la cara me recibió.

Tras un instante de dudas me armé de valor, aunque cuando al fin comencé a relatar lo sucedido la anciana me interrumpió.

Pensé que ya había metido la pata, bajé la mirada y ella habló.

- No hace falta que digas nada, ya sé lo que ha sucedido. Hallarás la solución en estos pergaminos -dijo señalando un enorme baúl repleto de documentos.

- ¡Vaya, debe contener todos los escritos del imperio! -pensé en voz alta.



Enseguida me puse a leerlos, parecía un trabajo inacabable; uno a uno fui descartando manuscritos pacientemente.

Contenían fórmulas y remedios para todo tipo de males.

Cuando la tarea parecía estancada, hallé la respuesta que buscaba.

- “Si los caballos se tiñen de azul cielo, los aurigas de rosa pálido y las palomas de rojo intenso, se aplicará el agua de los dioses salpicada por el roce más sutil de un animal sin igual”.

- Es éste, estoy segura, pero ¿a qué se refiere?, no entiendo nada.

Atosigué a la anciana buscando desesperadamente su ayuda.

- El agua de este pozo agradecerá a los dioses -respondió ella-, lo demás tendrás que descubrirlo tú.

- Pero..., a qué animal se refiere...

- Tu tiempo ha terminado -dijo categórica. Me indicó la salida extendiendo su brazo y la puerta se cerró tras de mí.

No tenía nada, volvía a estar como al principio. Me senté en el suelo, decepcionada. En silencio, los muchachos se colocaron junto a mí.

Tras un tiempo de desesperación, cuando al fin conseguí sosegarme y pensar con claridad, hallé la respuesta. Era fácil, el remedio estaba muy cerca.

- No puede haber otro animal tan especial como ellos: sin duda, mis queridos amigos los pelícanos son únicos, y por lo tanto sus plumas servirán.

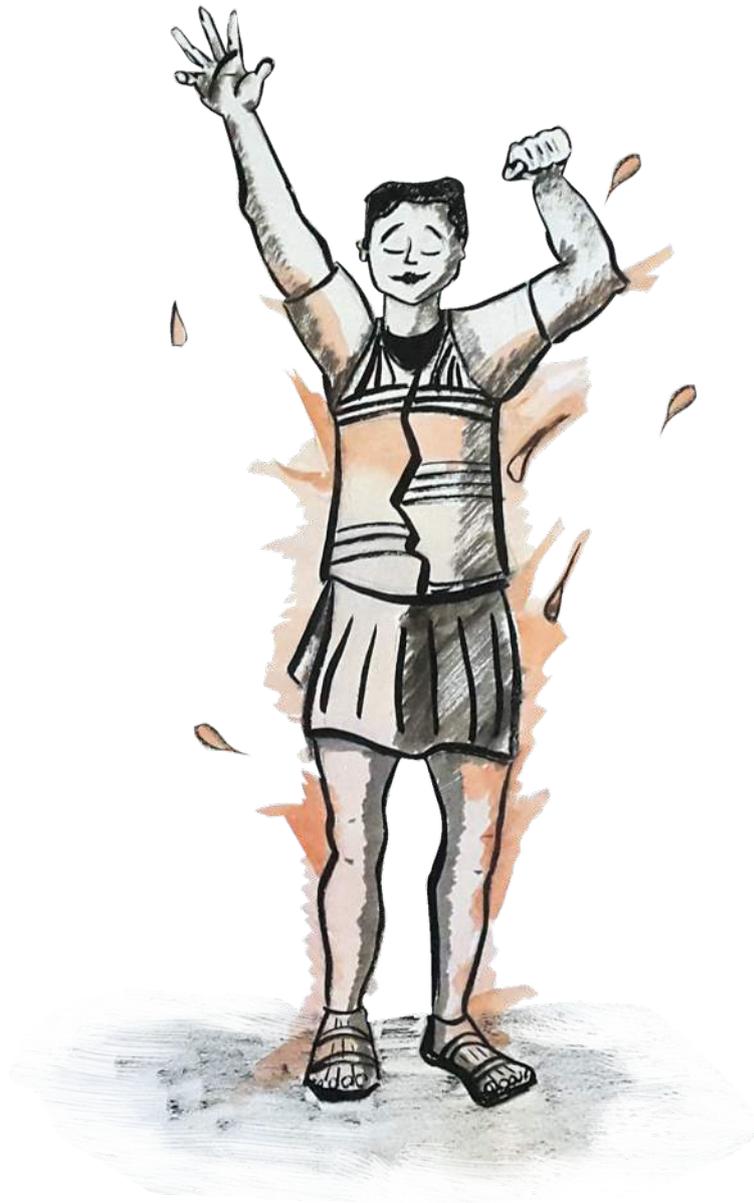
Corrí hacia el aviario, rebusqué las plumas de los pelícanos entre la hojarasca y las mezclé en una jarra con el agua del pozo; aparentemente nada había cambiado.

Los jóvenes siguieron mis pasos apresurados hasta las termas donde Victorious esperaba a su salvador.

Salpiqué unas gotas de agua sobre su musculado cuerpo inmóvil. Parecía que una mole de piedra comenzara a desperezarse: ¡había funcionado! Al poco tiempo la piel del auriga volvía a retomar su color, luego las piernas y los brazos liberaron por completo la rigidez que los paralizaba y al fin comenzó a moverse.

Todos los muchachos se arremolinaron eufóricos a mi alrededor gritando.

- ¡Complutum y sus cuadrigas estarán en Roma!



Después llegó el turno de las palomas, que volvieron a comunicarse conmigo, y por último los caballos perdieron aquel delicado azul celeste y retomaron su furia y su galope certero.

El senado municipal decidió que Fallidus no era digno de ser llamado *complutensis*, y por unanimidad y con el apoyo de toda la ciudad fue desterrado de Complutum, una ciudad que no alberga a traidores.

## X

Los jóvenes de la Asociación organizaron el viaje a Roma y lo dispusieron todo.

Una luminosa y festiva mañana, entrados los idus de marzo, partían. Victorious y la cuadriga desfilaban airoso exhibiendo su poderío, así como también los gimnastas y atletas.

El estandarte con el emblema de la Asociación presidía la comitiva. Pero..., un momento, algo extraño estaba ocurriendo. Por primera vez los miembros de la agrupación se habían saltado las normas. El *portainsignias* no era el joven socio más valiente y carismático, era una niña inquieta y entrometida; sí, efectivamente, era yo quien lo portaba orgullosa, bien alto para que todos pudieran verlo. En la parte superior el Genio de la Juventud, un poco más abajo Diana, Minerva y Apolo, y en el

centro, bien visible, con letras grandes, *Collegia Iuvenum Complutensis*.

Finalmente, en Roma el presidente de la Asociación se sentó junto al Emperador, al igual que los dirigentes locales. Victorius venció al resto de aurigas representantes de todas las provincias romanas y la ciudad de Complutum fue reconocida en todo el imperio por la grandeza de sus gentes.

**FIN**

## La autora

# M. Eloísa Caro Durán

M. Eloísa es licenciada en Historia, especialidad de Arqueología. Sus relatos nos sumergen en el fascinante mundo antiguo con un carácter eminentemente didáctico pero con una total fiabilidad histórica.

Es una apasionada defensora del Patrimonio Cultural definiéndolo como “todo aquello que se conoce, se aprecia, y por lo tanto se respeta”. Con sus relatos, la autora desea dar a conocer y divulgar nuestro patrimonio Histórico y Arqueológico.

Eloísa ya ha publicado varios libros de relatos históricos entre los que podemos citar *El secreto de la seda* en Editorial Editarx y Amazon, *Pasadizo en el tiempo*, en Amazon, *Microhistorias en Hispania*, en Amazon, y *Pedacitos de Historia. Sorbitos de Arqueología*, en Amazon.

Con nuestra editorial ha publicado [La Historia y sus historias](#), [Pequeñas historias de grandes civilizaciones](#), y seguirá colaborando con nuestro proyecto. Es un lujo tenerla con nosotros.

Cabe destacar su blog sobre historia. Podéis visitarlo en <https://mariaeloisacaroduran.wordpress.com/>

M. Eloísa también realiza charlas-taller para institutos, colegios, museos, bibliotecas, asociaciones de historia, de lectura y entidades culturales. Tenéis más información en

<https://mariaeloisacaroduran.wordpress.com/charlas/>

Contacto: [pedacitosdehistoria@gmail.com](mailto:pedacitosdehistoria@gmail.com)

# La ilustradora

## Carmen Ramos

Carmen es ilustradora infantil. Le encanta crear ilustraciones para los más peques y lo hace de forma magistral.

Licenciada en Comunicación Publicitaria y Diplomada en Gestión de Negocios, esta argentina vibra cuando se pone en su estudio a ilustrar.

Carmen está muy involucrada en la educación, la infancia, las artes, la cultura, el medio ambiente y la ayuda humanitaria. Un ejemplo para todos.

Carmen es colaboradora habitual de nuestra editorial. Ha ilustrado nuestros libros [Peppoff y Kampeón](#), [El libro mágico de la Naturaleza](#), y [Pequeñas historias de grandes civilizaciones](#), y se encuentra en proceso de ilustrar otros tres libros más. Estamos encantados con ella.

Si queréis ver algunas de sus ilustraciones, visitad: <https://www.behance.net/carmenisa>

Contacto: [carmenisa@gmail.com](mailto:carmenisa@gmail.com)



# La editorial **WeebleBooks**

**WeebleBooks** es un proyecto educativo abierto a la colaboración de todos para fomentar la educación ofreciéndola de una forma atractiva y moderna.

Creamos y editamos libros educativos infantiles y juveniles divertidos, modernos, sencillos e imaginativos para los niños y jóvenes del siglo XXI.

¡Y lo mejor es que son gratuitos en formato electrónico! Queremos hacer accesible esta nueva forma de aprender.

Apostamos por el desarrollo de la imaginación y la creatividad como pilares fundamentales para el desarrollo de los más jóvenes.

Con nuestros libros queremos rediseñar la forma de aprender y de leer.

Si quieres saber más de nosotros y conocer otros libros que puedes descargar, visítanos en:

[www.weeblebooks.com](http://www.weeblebooks.com)



## Otros libros publicados

Mi primer viaje al Sistema Solar  
Viaje a las estrellas  
La guerra de Troya  
El descubrimiento de América  
Amundsen, el explorador polar  
Pequeñas historias de grandes civilizaciones  
La Historia y sus historias  
El reto  
Descubriendo a Mozart  
¡Espárragos en apuros!  
El equilibrista Alarmista

La Historia y sus historias  
Descubriendo a Dalí  
Cocina a conciencia  
Descubriendo a van Gogh  
Apolo 11, objetivo la Luna  
El lazarillo de Tormes  
El ratoncito y el canario  
Mi primer libro de historia  
OVNI  
La tortilla de patatas  
De la Patagonia a Serón  
Mi amiga Andalucía

## Cómo leer los libros



Lee **GRATIS** nuestros libros on-line en tu ordenador o tableta. No necesitas ninguna aplicación



Si lo prefieres descarga **GRATIS** nuestros libros en diversos formatos y tenlos para siempre



Si después de leerlos te han gustado, puedes **COMPRARLOS** impresos (\*). Además ayudarás a nuestro proyecto

Si quieres colaborar con nuestro proyecto,  
contacta con nosotros.

[www.weeblebooks.com](http://www.weeblebooks.com)  
[info@weeblebooks.com](mailto:info@weeblebooks.com)



Nuestro vídeo



Visita nuestra web

WEEBLEBOOKS

© 2017

Autora: M. Eloísa Caro Durán  
Ilustraciones: Carmen Ramos  
Corrección de texto: Dolores Sanmartín

<http://www.weeblebooks.com>  
[info@weeblebooks.com](mailto:info@weeblebooks.com)

Madrid, España, marzo 2017



**Licencia:** Creative Commons Reconocimiento-  
NoComercial-CompartirIgual 3.0  
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/es/>